

UC Merced

TRANSMODERNITY: Journal of Peripheral Cultural Production of the Luso-Hispanic World

Title

Sáhara Occidental, Cuba y España: nuestros sueños se juntan en una misma ola

Permalink

<https://escholarship.org/uc/item/0qw8c41c>

Journal

TRANSMODERNITY: Journal of Peripheral Cultural Production of the Luso-Hispanic World, 5(3)

ISSN

2154-1353

Author

Boisha, Limam

Publication Date

2015

DOI

10.5070/T453029642

Copyright Information

Copyright 2015 by the author(s). This work is made available under the terms of a Creative Commons Attribution License, available at <https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/>

Peer reviewed

LIMAM BOISHA
PERIODISTA Y ESCRITOR DEL SÁHARA OCCIDENTAL

Abstract: El abandono y entrega del territorio del Sáhara Occidental por parte de España a Marruecos y Mauritania provocaron la guerra y el exilio de la población del territorio a Argelia. Ante aquel drama algunos pueblos y gobiernos respondieron con mucha generosidad. Uno de ellos fue Cuba, que ofreció miles de becas a estudiantes saharauis. La experiencia de aquellos años, el retorno a los campamentos de refugiados de los llamados cubarauis y el reencuentro con sus familias después de una larga ausencia; el choque de mentalidades con la cultura autóctona; el redescubrimiento y la posterior reconciliación de esos jóvenes con los valores de la sociedad nómada son temas que abordaré en este texto. También haré un repaso a la experiencia de la solidaridad de los pueblos del estado español con la causa saharauí y profundizaré un poco más en ese triángulo vital de solidaridad y supervivencia.

“Nuestros sueños se juntan en una misma ola.
Se mezclan nuestras sangres en una vena sola.
Nadie.”
Nicolás Guillén

El Sáhara Occidental, Cuba y España son tres países en tres continentes distintos, tres realidades muy distintas y distantes, pero que, aunque parezca extraño, también tienen muchos elementos en común. Esta relación especial con Cuba y con los pueblos del estado español es un hecho importante para todo el pueblo saharauí. Sin ese vínculo de solidaridad, sin ese nexo emocional y humano, quizás los saharauis no habríamos podido resistir durante estos cuarenta años de exilio.

El exilio de la Hamada argelina.

No hace mucho tiempo la Hamada era para muchos saharauis una región lejana, extraña e inhóspita. Antigüamente cuando alguien quería maldecir a una persona le gritaba: ¡ojalá que te destierren a la Hamada! Lo que ocurrió aquel aciago 14 de noviembre de 1975 era algo que nadie podía imaginar. No fue el fruto de una maldición, fue simple y llanamente una traición por parte de España. Ese día los representantes del régimen franquista firmaron con nuestros vecinos el “Acuerdo tripartito de Madrid”¹.

El gobierno español preparó con tiempo la entrega del Sáhara Occidental a Marruecos y Mauritania. Se decretó el toque de queda. Los barrios saharauis fueron cercados con alambradas para impedir la huida de la población. Los soldados españoles de origen saharauí fueron obligados a entregar todas sus armas y se controlaron sus movimientos. Los cuarteles militares españoles se abandonaron ordenadamente. El cambio de tropas se realizó de tal manera que, de la noche a la mañana, el Sáhara pasó a manos marroquíes y mauritanas. (Soler et al. 180)

Aquel infame acuerdo abrió las puertas a una invasión terrible y desembocó en una cruenta guerra que obligó a gran parte de la población saharauí a escapar de la trampa mortífera en la que se convirtió el territorio. Los que pudieron se fugaron de las ciudades y se refugiaron en el desierto. Pero en el interior, en poblados como Um Draiga², la población civil fue atacada por la aviación marroquí con Napalm y fósforo blanco: “El bombardeo tuvo lugar el 21 de febrero de 1976. A pesar de su enorme gravedad este hecho nunca ha sido reconocido por el estado de Marruecos, ni ha sido investigado por organizaciones internacionales de derechos humanos o Naciones Unidas” (Beristain 99).

Los supervivientes escaparon a la frontera de Argelia. En una de esas paradojas del destino, la Hamada se convirtió en un lugar de refugio, en la salvación. Muy cerca de la ciudad de Tinduf las autoridades argelinas cedieron al pueblo saharauí un pedazo de tierra. Allí se establecieron los primeros refugiados, en su inmensa mayoría niños, ancianos y mujeres. Los hombres se enrolaron en las filas del Ejército de Liberación Popular Saharaui (ELPS), y a las mujeres se les encomendó la difícil tarea de levantar un país en el exilio. Fueron ellas las que de esa estéril tierra levantaron toneladas de adobe. Del barro construyeron guarderías, escuelas, hospitales, huertos y oficinas. También hicieron diminutos habitáculos para cocinar y resguardarse de las tormentas de arena. Aquellas heroicas mujeres cavaron trincheras y refugios, porque la amenaza de los bombardeos de la aviación marroquí pendía sobre sus cabezas. Tuvieron que aprender a disparar, a curar y administrar. Se alfabetizaron muchas y estas tuvieron que enseñar a otras. Se organizaron y levantaron las estructuras de un estado que funcionó y sigue funcionando cuatro décadas después.

Quiero pensar que durante los años que duró la guerra la vida en los campamentos de refugiados transcurrió bajo las directrices de una especie de estado feminista. Quizás sin proclamarlo, ni hacer de esa ideología su bandera, en aquella época prácticamente

desconocida entre las mujeres saharauis. Fueron las excepcionales circunstancias las que forzaron tal situación, teniendo en cuenta también, que la emancipación femenina era una política alentada por el gobierno de la joven república.

Ante aquel drama de los primeros años del exilio, el Frente Polisario (Frente Popular de Liberación de Saguia el Hamra y Río de Oro)³ lanzó una llamada de socorro dirigida a la Comunidad Internacional, para abastecer a los refugiados de lo más básico para sobrevivir: alimentos, medicinas y tiendas de campaña. Los primeros países en mandar asistencia humanitaria fueron Argelia y Libia. Otros estados del mundo desarrollado también respondieron a la llamada de auxilio enviando toneladas de comida y medicinas. Pero fueron pocas las naciones que atendieron otra llamada (no menos importante), que se hizo poco tiempo después y en los siguientes años: ofrecer oportunidades de estudio a los hijos e hijas de los refugiados. Esa tarea colosal la asumieron principalmente Argelia, Libia y Cuba. Años más tarde se sumaron otras naciones como Siria, la desaparecida Unión Soviética, la ex Yugoslavia, Bulgaria y Hungría, entre otras. De cualquier manera, las becas que ofrecieron estas últimas eran muy pocas.

Los dos países africanos, con los cuales compartíamos lengua y religión, no sólo eran geográfica, lingüística y culturalmente cercanos, sino que también habían sufrido y combatido duramente el colonialismo francés e italiano, respectivamente. Ambos estados eran firmes defensores del principio de autodeterminación de los pueblos.

La educación como pilar básico del Estado saharauí

Aunque el esfuerzo de la población estaba encaminado a liberar el territorio, todos sabían que la República Árabe Saharaui Democrática (RASD)⁴, que se proclamó el 27 de febrero de 1976, coincidiendo con la salida del último soldado español del Sáhara, tenía que basarse en pilares fundamentales como la educación, la sanidad y la justicia social. Un estado que aspiraba a ser independiente y democrático debería dar prioridad a la alfabetización de todo el pueblo. Así se hizo.

Desde los primeros momentos del exilio, las clases se improvisaban a la intemperie, bajo la sombra de cualquier árbol, en el interior de cada jaima. La pizarra, si era preciso, podía ser la misma arena. La tiza, un palo seco. Cualquier lugar y momento eran buenos para aprender a leer y escribir. No había recursos materiales, pero existía ilusión, voluntad y una fe ciega en que el analfabetismo podía ser erradicado en pocos años. Los maestros y profesores no daban abasto. Muchos de los jóvenes que acababan de terminar la secundaria

o el bachiller, tuvieron que desempeñar el papel de maestros y educadores. En todas las escuelas creadas se impartía el árabe y, como segunda lengua, el castellano, desde tercero de primaria.

La cooperación y solidaridad de Cuba

El 20 de enero de 1980, Cuba reconoció oficialmente a la República Saharaui, sumándose así a la iniciativa que ya habían tomado otros países, en su mayoría africanos y latinoamericanos⁵. A pesar de estar geográficamente a miles de kilómetros del Sáhara Occidental, Cuba ofreció muchas y generosas becas, como lo ha hecho durante años (y lo sigue haciendo) con otros países del Tercer Mundo. En su intervención en la VII Cumbre de las Américas, celebrada en Panamá el día 10 y 11 de abril de 2015, el presidente cubano, Raúl Castro, dio una cifra elocuente que corrobora lo dicho: “Pese a carencias y dificultades, seguimos la devise de compartir lo que tenemos. En la actualidad 65 mil cooperantes cubanos laboran en 89 países, sobre todo en las esferas de medicina y educación. Se han graduado en nuestra isla 68 mil profesionales y técnicos, de ellos 30 mil de la salud, de 157 países”⁶.

La periodista Luz Marina Mateo y el profesor Javier Surasky, en una entrevista que realizaron en La Habana al agregado de la embajada saharauí en Cuba, Abdelmayid Ahmed y a algunos estudiantes, en “Crónicas de saharauis en la Habana: la cooperación de Cuba con la RASD. (Parte II. 1-7)”⁷ nos proporcionaban algunos datos:

Aquí [en Cuba] se han graduado más de cuatro mil estudiantes saharauis en las diferentes carreras. Anteriormente, los estudiantes pasaban por la educación preuniversitarias – media o secundaria- que tenía lugar en la Isla de la Juventud. Allí tuvimos unos dos mil estudiantes, hemos llegado a ser la segunda nacionalidad dentro de veinte de todo el mundo. Luego se trasladaban a la enseñanza superior y técnica” (Mateo). [Y aseguran los entrevistados] que: “Los primeros estudiantes llegaron en 1977, con un nivel muy alto en general, desde escuelas españolas, directamente a la Universidad. (Ahmed 1-7)

Mohamed Salem Abdelfatah, (Ebnu), poeta y escritor, formó parte del segundo grupo que llegó a Cuba en 1978. En aquel tiempo era un niño, tendría a lo sumo diez años. Tres décadas después escribió una crónica en el blog de la Generación de la Amistad Saharaui titulada “1978” en la que comenta:

La tarde del 24 de Septiembre de 1978 llegaba al aeropuerto José Martí de Rancho Boyeros, procedente de Argelia, un vuelo chárter de Cubana de Aviación. Más de cien jóvenes y niños saharauis llegaban al nuevo mundo para estudiar. “Buscad el conocimiento, aunque sea en China” dicen que dijo el profeta. Cuba era la única opción, no había otra posibilidad y menos mal porque Cuba terminó siendo la mejor apuesta para la enseñanza y la educación de cientos de saharauis. (1-2)

A partir de ese año la afluencia de estudiantes saharauis a Cuba fue constante y en aumento.

Educación en Isla de la juventud. Los primeros años

La Isla de la Juventud se encuentra en la parte suroccidental de Cuba y es la segunda en tamaño de todo el archipiélago cubano. En un artículo publicado en EcuRed, (la Wikipedia cubana), titulado “Educación en la Isla de la Juventud”, se habla del surgimiento de las llamadas Escuelas de Nuevo Tipo. Este último es un proyecto que comenzó en febrero de 1970, con la inauguración de la primera ESBEC (Escuela Secundaria Básica en el Campo). En un principio eran escuelas levantadas solo para los residentes de la isla, luego se extendió a cubanos venidos de otras provincias del país y siete años después el proyecto se volvió internacionalista.

El 11 de septiembre de 1977 arribó a la isla el primer grupo de 551 niños de Mozambique. Dos meses después, el 17 de diciembre, lo hizo el segundo grupo de Angola. Así se inició una de las experiencias multiculturales más interesantes en el mundo de la educación y en la cooperación Sur- Sur: “El año 1982 fue el período con más estudiantes extranjeros al computar 22 197, de los cuales 12.430 eran varones y 9.767 hembras” (EcuRed n.p.).

En aquellas ESBEC, las autoridades educativas cubanas asignaban a cada país una escuela, dos o incluso más, dependiendo del número de becados. Cada colegio contaba con albergues, un comedor, cocina, almacén, taller de Educación Laboral, de Física, Química e instalaciones deportivas. Había un médico y un enfermero, un claustro de docentes que en su mayoría vivían internados igual que los alumnos. Además del programa que elaboraba cada instituto, se hacían muchas actividades entre las distintas escuelas, culturales, políticas, deportivas, etc. Esa experiencia era como hacer intercambio entre distintos países, sin tener que salir de la isla.

Ahora bien, si la política trazada para las ESBEC era que cada nacionalidad tuviera su propio centro, en el Preuniversitario (Bachiller) la estrategia era que tanto estudiantes cubanos como extranjeros tenían que estudiar juntos, interactuar en el día a día, para conocerse mejor. En el Instituto Preuniversitario en el Campo (IPUEC), “Vanguardia de la Habana”, donde estudié desde 1987 hasta 1990, había estudiantes de Nicaragua, Guinea Bisau, Sáhara Occidental, Cabo Verde, Cuba, Guatemala, Costa Rica, Honduras y Etiopía, entre otras nacionalidades. Aunque cada colectivo tenía su lengua, idiosincrasia y costumbres, las relaciones y la convivencia entre todos era por lo general buena y armoniosa. Rara vez surgían conflictos. Esa convivencia no sólo permitió crear lazos de amistad entre estudiantes de diferentes lugares del mundo, sino que brindó a cada uno de nosotros, la oportunidad de conocer muchos e interesantes aspectos de la historia y cultura de los diferentes pueblos.

Una educación pública, universal y laica

A nadie debería extrañar que siendo Cuba un país socialista, la educación fuera pública, universal y laica. Sin embargo, hay mucha gente que sí se sorprende cuando se enteran de que es totalmente gratuita. Debo decir, en honor a la verdad, que durante todo el tiempo que estuve estudiando en Cuba, desde octubre de 1982 hasta junio de 1995, jamás pagué matrícula alguna, alojamiento o cuota de comedor. No desembolsé un centavo por los libros de texto ni por los cuadernos o lápices que ponían a nuestra disposición, ni por los uniformes escolares que usábamos cada curso escolar. Tampoco lo hice por ninguna actividad extraescolar, educativa o cultural.

Una de las referencias fundamentales de la educación cubana es el pensamiento del prócer de la independencia, José Martí: “En la escuela se ha de aprender el manejo de las fuerzas con que en la vida se ha de luchar. Escuelas no debería decirse, sino talleres. Y la pluma debía manejarse por la tarde en las escuelas; pero por la mañana la azada” (Martí, 8. 281). Sobre ese principio de estudio y trabajo se edificó nuestra educación en las mismas condiciones que la de los cubanos. El trabajo consistía, no solo en saber cómo manejar la azada en un huerto, sino también en valorar la importancia del compromiso y el fruto del auto-consumo local. También se laboraba en plantaciones cítricas que abundaban en la isla, básicamente de toronja (pomelo). Cada escuela cuidaba de los campos que tenía a su alrededor y cuando llegaban los meses de la cosecha se recolectaba la fruta.

No es un secreto para nadie que el sistema educativo cubano tiene una orientación más que evidente desde el punto de vista ideológico, pero al mismo tiempo es generoso y solidario con todos. La única y fundamental premisa que tiene es la calidad de la educación y el interés público. Como cualquier otro sistema tenía (y supongo que sigue teniendo hoy en día) sus limitaciones, defectos, pero en general funcionaba bastante bien y su calidad continúa estando bien reconocida. Eso es algo que ha sido constatado por organismos internacionales como la UNESCO. Al respecto, señala el doctor Salim Lamrani:

El Departamento de Educación de la UNESCO señala que Cuba dispone de la tasa de analfabetismo más baja y de la tasa de escolarización más alta del continente. Según este organismo un alumno cubano tiene el doble de conocimientos que un niño latinoamericano. . . . Cuba, aunque es uno de los países más pobres de América Latina, dispone de los mejores resultados en cuanto a educación básica. (Lamrani. 1-3)

Los ex-estudiantes saharauis en Cuba, los llamados “cubarauiis”

El largo tiempo transcurrido en Cuba no nos hizo ser menos saharauis. Por el contrario, nos enseñó a querer más a nuestra gente y a nuestro país. Eso sí, la estancia sembró en cada uno de nosotros un sentimiento sincero hacia la tierra que nos acogió y nos dio educación. Respetó nuestras creencias y jamás nos obligó a abandonarlas. Nos brindó valiosas lecciones de cómo ser mejores personas y ser más solidarios. Por eso decimos que Cuba es nuestra segunda patria. La esencia de Cuba, su idiosincrasia y forma de ser caribeña ya forma parte de nuestro carácter. Hay un término que se ha vuelto muy popular entre la población exiliada. La primera vez que lo escuché fue a raíz del estreno en el Festival de Cine del Sáhara (FISAHARA)⁸ del largometraje que se llamaba así: *Las Cubarauiis* (Márquez 2005). Hoy en día es una palabra que se usa para designar a un colectivo muy variopinto, de al menos dos generaciones de saharauis que han estudiado en Cuba. Por sí sola una palabra no puede definir una realidad ya de por sí difícil de precisar, pero capta su espíritu. Ser *cubarauii* es una suerte y un mérito. Suerte por la oportunidad de estudiar en un país como Cuba; mérito por resistir tantos años sin ver a nuestras familias. Más que un mérito, diría que es una proeza que todos hemos sobrellevado con entereza. Los *cubarauiis* somos como una gran familia con fuertes señas de identidad. Hablamos un lenguaje propio, no necesariamente la lengua castellana, surge entre nosotros una espontánea complicidad nada más vernos, reconocernos, aunque seamos de distintas generaciones y

tengamos gustos diferentes. El saber que hemos estado en Cuba es un pretexto, más que suficiente, para abrir un canal de comunicación que nos hace sentirnos como amigos. Al fin y al cabo, somos viejos amigos que se reencuentran después de muchos años sin verse.

La experiencia de los exestudiantes ha tenido una repercusión muy fuerte en la sociedad saharauí. Un pueblo con una cultura más o menos homogénea, donde sus integrantes hablan una misma lengua, el hasaní, profesan la religión musulmana, tienen sus propias creencias, supersticiones y practican determinados ritos como muchas otras culturas del entorno. En la sociedad nómada antigua, como la del exilio, había una clara división del trabajo, donde los hombres se dedicaban al comercio, al pastoreo y se encargaban de buscar y traer agua al *frig*, al campamento nómada. También eran ellos quienes se encargaban de ordeñar a las camellas. Las mujeres, en cambio, pastoreaban los rebaños de ovejas, cabras y las ordeñaban. Buscaban la leña, atendían las labores de la jaima y en general, eran ellas quienes recibían a los huéspedes.

A pesar de la llegada de la colonización española, que impulsó algunos cambios, la mayoría de la población siguió prefiriendo el nomadismo a vivir y trabajar en las ciudades, a pesar del atractivo que aparentemente ofrecía: una vida algo más moderna, cómoda, sedentaria y ociosa. Esta nueva realidad fue la que empezó a quebrar una manera de pensar, de ser, más o menos igual y permitió a algunos jóvenes en los años sesenta y setenta del siglo XX viajar a España y a otros países europeos. Ello significaba marchar hacia lugares que eran, hacía poco tiempo, inimaginables. Aquello les permitió, también, llegar a conocer caminos de pensamientos distintos.

Aquellos jóvenes no eran muy distintos a los *cubaranis* y seguramente tenían los mismos anhelos e inquietudes. Lo que ocurrió es que eran pocos y la experiencia de ellos la abortó el estallido de la guerra. Además vivían relativamente cerca y estaban controlados por la familia y por un estado colonial y conservador, que quería que el orden establecido siguiera sin alteraciones. Cuando los *cubaranis* regresaron no estaban preparados para lo que les esperaba, y parece que nadie estaba prevenido para escuchar y aceptar las ideas que habían germinado en sus mentes. Esto implica ideas que cuestionaban creencias y costumbres muy arraigadas en la sociedad. La disconformidad que mostraban estos jóvenes con algunos de los códigos culturales establecidos sorprendió a todos. Eran muy diferentes de los estudiantes que volvían de Argelia y Libia. Hay que señalar que los que cursaban sus estudios en Argelia volvían cada verano y los que lo hacían en Libia retornaban cada dos. Por eso las familias que tenían sus hijos becados en esas dos repúblicas estaban tranquilas.

Los veían regresar mejor instruidos sin tener que renunciar a sus costumbres. Si había alguno contestatario aprovechaban las largas vacaciones estivales y volvían a corregirle o a refrescarle cualquier detalle que se le detectara, si estimaban que no era acorde con las tradiciones autóctonas.

Pero esa oportunidad no la tuvieron los que habían ido a Cuba. Enseguida fueron estigmatizados y socialmente desacreditados; no por su formación pedagógica, que en la mayoría de los casos era irreprochable, sino por esas maneras extrañas de comportarse, de hablar, de escuchar música, al parecer, estridente para muchos. Enseguida les bautizaron con un nombre despectivo: *emguergchín*. Una palabra intraducible que significa algo así como “locos” o ignorantes. Al principio pocos eran los que los tomaban en serio. Durante años la sociedad los trató como si fueran menores de edad. En lo referente a las costumbres y la concepción cultural saharauí, quizás tenían motivos. Pero ¿quién tenía la culpa? La mayoría fue a Cuba entre los diez y los quince años. Al estar tan lejos perdieron la oportunidad de aprender ese bagaje cultural que se cultiva con la observación diaria y también se enseña, más o menos, a esas edades.

Los *cubaranis* también descuidaron (descuidamos) nuestra lengua materna. Más bien nos estancamos en el poco vocabulario con el que habíamos salido de la Hamada, porque en el Caribe hablábamos más en castellano. Las primeras semanas del retorno de Cuba casi todos pensábamos en español y respondíamos a los interrogantes formulados por los miembros de nuestras familias con frases de hasanía mal construidas, con algunas expresiones conformadas por palabras arcaicas con otras en castellano, acompañadas con largos silencios, que en todos provocaban perplejidad. Aquello era motivo de risa y preocupación al mismo tiempo dentro de la familia de cada uno. Era surrealista para una madre o un padre ver que su hijo adulto no sabía cómo expresarse ni cómo comportarse adecuadamente. Para ellos era frustrante y aterrador al mismo tiempo. Para nosotros, aunque el paisaje social era reconocible, al mismo tiempo resultaba extraño, incluso la propia familia. Por eso, la cabeza de cada uno estaba llena de confusión.

El choque de mentalidades con la cultura autóctona

Muchos de los *cubaranis* reconocían sus carencias en el lenguaje, incluso aceptaban de buen grado todo tipo de correcciones. Es más, estaban dispuestos a esforzarse por recuperar el tiempo perdido y en general tenían sentido común para discernir entre las pautas de cualquier sociedad, más si era entre una conservadora y otra más abierta. La

cuestión era que los “muchachitos de Cuba” como les llamaban a veces, habían aprendido a ser más espontáneos y eso provocaba escándalo en cualquier jaima. Hablar de temas de pareja, mencionar que alguien tiene novia delante de los mayores, escuchar música o fumar en su presencia se considera una falta de respeto. El catálogo de códigos y prohibiciones que había que acatar era y sigue siendo muy profuso. Es verdad que había muchas cosas razonadas y razonables en esa especie de inventario social. Sin embargo, existían otras que no tenían ninguna lógica para los *cubaraouis*, pero allí estaban, conviviendo unas con otras desde los principios de los tiempos y nadie se había atrevido a ponerlas en duda.

La llegada de los *cubaraouis*, en suma, provocó un choque de mentalidades. Una pugna dialéctica nunca resuelta y que no tiene visos de solución, porque algunos creían y todavía creen, que cuestionar aquellos elementos, por insignificantes que fueran dentro del *corpus* de una cultura, significaría cuestionarla en su totalidad. Eran muchos los que preferían no debatir sobre dogmas y otros asuntos polémicos. Pensaban que era preferible la paz social y vivir de manera más tranquila la relación con los allegados, que las discusiones inútiles. Se podría decir que las familias estaban más que agradecidas por ese tipo de gestos. En pocos años los ex estudiantes de la isla caribeña estaban a un nivel de integración mucho más alto de lo esperado. La mayoría ha aprendido a dejar parte de su identidad hibernando en algún recóndito lugar, para luego despertarla cuando están con los amigos, en compañía de otros *cubaraouis* o con los extranjeros que a menudo visitan el Sáhara. De todas formas existió un número de personas que, aun pensando diferente de la sociedad, eligieron callar desde el primer minuto, no cuestionar nada y vestir el traje de la realidad. Sumarse cuanto antes a la rutina y a los ritos sociales. Al poco tiempo parecía que nunca hubieran salido del desierto. Poco a poco el estigma de “locos” se fue desgastando, porque cada vez que alguna persona iba a la consulta del médico, se sorprendía al comprobar que el doctor era uno de aquellos “locos”. Cuando llegaba a la escuela descubría que el maestro de sus hijos era otro “perturbado”. Si llegaba a una oficina para arreglar algún papel, podía dar de bruces con otro *emguerguech*. En todas partes estaban aquellos “desequilibrados”. ¿Cómo era posible? se preguntaban muchos. Ahora, cuando el médico sanaba al enfermo, al hijo o algún familiar o vecino, los argumentos despectivos ya eran difíciles de sostener. Con su esfuerzo y tesón los *cubaraouis* fueron ganando una fama más que merecida, por ser gente seria y muy trabajadora. Actualmente son el colectivo más valorado por la sociedad saharauí.

El conflicto de identidad. El viaje a las entrañas de uno mismo

En Cuba no recuerdo haber tenido que formular interrogantes sobre mi identidad y nunca me enfrenté a la dicotomía de ¿quién soy? ¿cuál es mi identidad? Estaba tan integrado en la sociedad caribeña que hubiese sido raro reflexionar sobre ello. Esos interrogantes, aunque pueda parecer paradójico, solo invadieron mi mente y mi existencia cuando tomé el camino del retorno.

¿Soy saharauí? Por supuesto que sí. Entonces, ¿por qué me encuentro perdido como un náufrago en el océano de mi cultura? ¿Soy cubano? Claro que no. Si Cuba no es mi patria, ¿por qué siento como si lo fuera? El mismo sentimiento que me invadió los primeros meses cuando llegué a Cuba, allá por 1982, cuando a menudo recordaba a mis padres y hermanos; es el que experimenté en la jaima de mi familia. Pero esta vez mi mente deseaba volver a la isla. ¡Qué paradoja! No importa los años que uno hubiera pasado allí, cada uno consigo mismo, en mayor o en menor medida, iniciaba una búsqueda en solitario. Una indagación llena de preguntas, de dudas, para autodescubrirse.

Los graduados en carreras relacionadas con la sanidad, educación y las humanidades, eran los más afortunados, porque han podido ejercer sus profesiones. Los demás, cuyas especialidades no tenían la más mínima aplicación en el contexto del refugio, se llevaron una gran decepción, porque habían estudiado con la perspectiva de trabajar en un estado saharauí independiente. Poco a poco fueron aceptando que tenían que enderezar sus rumbos. Algunos de ellos buscaron salidas más personales, otros se incorporaron a las distintas instituciones públicas y unos pocos fueron contratados por Organizaciones No Gubernamentales o por Agencias de las Naciones Unidas como la ACNUR. Esas oportunidades permitieron a muchos sentirse útiles.

Durante los años de la guerra los funcionarios podían estar días o semanas, incluso meses, sin poder regresar a sus hogares. Hasta hace pocos años viajar de un lugar a otro era algo penoso. Se perdían muchas horas haciendo autostop. Tener la posibilidad de comer y dormir en el mismo lugar de trabajo permitió a algunos *cubarauis* crear en las instituciones del Frente Polisario su ambiente caribeño. Allí hablaban en castellano, escuchaban su música, leían y debatían sobre literatura o cualquier otro tema, veían sus películas favoritas, hacían sus comidas y fiestas y siempre terminaban por rememorar los años pasados en Cuba.

A Rabuni, ese centro neurálgico del gobierno de la RASD en el exilio, es a donde van a parar todas las delegaciones que llegan del extranjero: políticas, culturales, educativas,

académicas, de medios de comunicación, etc. Ante la enorme demanda de traductores, los *cubaraouis*, que también trabajaban en esa especie de distrito gubernamental, eran casi siempre requeridos para acompañar a aquellas delegaciones, que venían a conocer la realidad del exilio saharauí o a ejecutar algún proyecto de cooperación. Entonces, el centro de la existencia dejaba de ser la jaima familiar. La jaima es el hogar al que se vuelve a menudo a descansar de verdad, a comer, a sentir la paz interior... Volver cada pocos días era una necesidad. La lección ya estaba aprendida.

Cómo encajar todas las piezas del puzzle de la identidad

El camino personal que yo recorrí para reconciliarme con mi cultura no es el mismo que recorrieron otros. Cada uno tuvo el suyo, como es lógico. Para mí fue una suerte poder viajar desde los campamentos de refugiados en Argelia hasta la parte de nuestra tierra liberada. En la región sur, en Tiris, la tierra de los poetas, en el corazón de la espiritualidad saharauí, me encontré conmigo mismo. A partir de ese momento comenzó la verdadera reconciliación con los valores ancestrales de mi cultura. Pude constatar cómo han vivido durante siglos nuestros antepasados y, sobre todo, cómo coexistieron en armonía con la naturaleza. De boca de varias personas escuché lecciones de milenaria sabiduría, que ha forjado el carácter de un pueblo abierto y hospitalario como el nuestro.

Después de aquellas visitas solo quería ahondar en esos valores, para conocerme un poco más, un poco mejor. Gracias a esa comprensión todas las demás partes del puzzle de mi identidad encajaron con naturalidad. Ahora sé que es un privilegio sentir que esas identidades tan dispares forman parte de mi ser. Sin ningún tipo de dudas, ni contradicciones.

La emigración a España

Ante la perspectiva de seguir esperando en el exilio y cuando constaté que no había horizonte de mejora a nivel personal y al mismo tiempo comprendí, que el trabajo que realizaba en la radio ya no me iba a aportar más de lo que ya me enseñó, solo entonces, tomé la decisión de emigrar a España, aunque no tuviera aún ni idea de lo que me esperaba.

El emigrante que consigue llegar a Europa, en la mayoría de los casos, no tardará en convertirse en un indocumentado. Enseguida se verá obligado a sumergirse en el submundo de *los sin papeles* y a sufrir como si de la época de la esclavitud se tratara. Mientras vivía la experiencia de la migración realizando todo tipo de trabajos duros, sin garantías ni

derechos, firmando contratos miserables o engrosando las filas del paro, era testigo desde mi llegada, del increíble respaldo que tenía (que sigue teniendo), la causa saharauí en este país.

La experiencia de la solidaridad de los pueblos del estado español

La misma convicción y defensa que ha desplegado Cuba a lo largo de estos treinta y cinco años de relaciones con la república saharauí es la que han desarrollado los pueblos del estado español. Ninguna causa goza de tanto apoyo entre la sociedad civil española. La existencia de la Coordinadora Estatal de Asociaciones de Solidaridad con el Sáhara CEAS-SÁHARA, una organización que coordina a más de 200 asociaciones, agrupadas en distintas federaciones autonómicas, es una demostración más. Ese enorme movimiento solidario organiza cada año caravanas de ayuda humanitaria que viajan desde España hasta Tinduf. Es impresionante la cantidad de actividades culturales, jornadas, conferencias, seminarios, encuentros de todo tipo que se realizan por toda la geografía española.

Señalaré algunas breves pinceladas de ese formidable trabajo. Varios profesionales de la sanidad pública española, en coordinación con su homólogo saharauí, organizan cada año comisiones médicas de distintas especialidades. Estas se trasladan para hacer revisiones médicas a la población refugiada que lo demanda. Allí llevan a cabo algunas operaciones quirúrgicas. Los pacientes que necesitan una intervención más compleja son evacuados a España para recibir una mejor atención. En la política española hay diputados de distintos partidos políticos de once parlamentos autonómicos que forman el Intergrupo parlamentario Paz y Libertad. A nivel europeo existe El Intergrupo del Parlamento de la Unión Europa sobre el Sáhara Occidental. Sus integrantes intentan visibilizar el conflicto y denunciar ante la Eurocámara cualquier política comunitaria contraria a los legítimos intereses del pueblo saharauí.

Hay asociaciones de profesionales como la Asociación Internacional de Juristas por el Sáhara, (IAJUWS), que se encarga del tema de la violación de los derechos humanos. Western Sahara Resources Watch (WSRW), investiga y realiza campañas dirigidas a empresas que colaboran con intereses marroquíes en los territorios ocupados. En el tema de la educación hay infinidad de proyectos de cooperación para el desarrollo tanto de comunidades autónomas como de ayuntamientos y municipios. Son varias las universidades que llevan años colaborando en distintos planes de estudio, investigación y conservación del patrimonio cultural. Algunas universidades públicas han ayudado en la

creación y puesta en marcha de la primera universidad saharauí, la de Tifariti que se inauguró en 2012.

Hay un trabajo de investigación de gran trascendencia, que lleva a cabo un equipo de antropólogos de la Universidad Autónoma de Madrid y se centra en la poesía oral en hasanía. Llevan años intentando reunir y documentar toda la producción de los grandes poetas vivos. La Asociación *Bubisher*,⁹ es una gota más en esa ola de solidaridad. Trabaja para el fomento de la lectura y su misión es construir bibliotecas y llevar bibliobuses para los refugiados. Actualmente tiene tres bibliobuses y tres bibliotecas fijas. Le faltan dos para cubrir las cinco wilayas (provincias). De esa manera quieren culminar una hermosa labor demandada por la población, especialmente por niños y jóvenes. Es un proyecto en el que estoy implicado personalmente. Al igual que mis amigos y compañeros de la asociación creo sinceramente, que un pueblo sin cultura, es un pueblo vencido. Pero el más importante y emblemático de todos es el Proyecto “Vacaciones en Paz”. Cada verano miles de familias españolas acogen a un niño o niña saharauí. Durante su estancia a los pequeños se les realizan revisiones médicas y análisis nutricionales, entre otras prestaciones. La convivencia con la familia de acogida y su entorno ofrece la oportunidad para sensibilizar a mucha gente sobre la realidad del conflicto.

Los orígenes de ese proyecto se remontan al verano de 1976 en Argelia. Bachir Lehdad Dadda, testigo privilegiado de aquel momento, lo detalla en un artículo:

Recuerdo, con tristeza, las decenas de niños que enterramos cada día, durante los dos meses cruciales del verano del 76. Ese verano, fue mortífero. La Media Luna Roja [Saharauí] no daba abasto y llegó un alivio de los amigos de acogida. El ministerio argelino de Juventud y Deportes ofreció a los refugiados saharauis unas 700 plazas en el campamento de verano de Sidi Fredj, en Argel capital. Supuso un respiro y dada la experiencia, a las autoridades saharauis se les iluminó la vista y sin pensarlo mucho, iniciaron una campaña en el exterior para buscar lugares de “veraneo” para los niños, con el único objetivo de salvar la mayor cantidad posible del horrible trato de la Hamada y su clima . . . Se iniciaron contactos con todos los partidos europeos y organismos que de alguna manera, se solidarizaban con el pueblo saharauí. (Lehdad Dadda.1-2)

En un estudio titulado, “Vacaciones en Paz, análisis y evaluación del programa de acogida de niños y niñas saharauis”, publicado en junio de 2008 por El Instituto de Estudios de Acción Humanitaria (IECAH) se señala un dato muy significativo: “Desde el inicio del programa se calcula que unos 100 mil niños saharauis han sido beneficiarios del programa en España”(16-18). La edad de los niños oscila entre siete y doce años. Como se sabe el programa es internacional y en él participan asociaciones de otros países como Italia, Francia, Alemania, Portugal, Inglaterra, Estados Unidos y Austria, entre otros. Pero la contribución de estos países es mucho menor si la comparamos con lo que se hace en el estado español.

Sin embargo, ese apoyo de la sociedad civil no se corresponde con la política del gobierno español, siempre sordo y ciego ante ese rotundo reclamo. La dignidad, la justicia y la solidaridad han venido siempre de la generosa mano del pueblo español. Hay un enorme abismo entre la política exterior practicada por Cuba y la del estado español. La solidaridad de Cuba es firme, se proclama y se lleva a la práctica en todos los foros, tanto a nivel nacional como internacional. Lo contrario (y eso es lo triste y lamentable) es la política que han llevado a cabo los sucesivos gobiernos españoles, desde el advenimiento de la democracia. Algunos políticos se escudan en que el conflicto es una herencia de la dictadura franquista y no les falta razón. Pero hay que ser muy cínico para no reconocer que han tenido cuarenta años para trabajar a favor de una solución justa y duradera, pero no lo han hecho. Más bien, han fomentado políticas muy nocivas para el pueblo saharauí como la constante venta de armas a Marruecos. Tampoco han cejado en dar apoyo político, económico, financiero al régimen marroquí, a sabiendas de que es un país que ocupa un territorio de manera ilegal y viola sistemáticamente los derechos humanos. En ocasiones han sido los mejores embajadores del país magrebí ante la Unión Europea y en foros internacionales. ¿Será capaz el estado español de corregir esa terrible injusticia que provocó, y sigue siendo su responsabilidad como potencia administradora del territorio? No lo sé. Tal vez en un futuro no muy lejano vendrá un gobierno con suficiente fuerza, coraje y dignidad para llevar a cabo una política exterior coherente con la defensa de la legalidad internacional. Ojalá. Sería un momento histórico en el que se podría reparar, por fin, una injusticia. Un sueño anhelado por muchos. Todo eso es ya inseparable de nuestra historia, de nuestra cultura e identidad. Todo eso soy y es también mi poesía.

Notas

¹ Declaración de principios entre España Marruecos y Mauritania, más conocida como “Acuerdo tripartito de Madrid”. <http://www.arso.org/ac3madrid.htm>

² Um Draiga es una región que se encuentra en el interior del territorio del Sáhara Occidental. En este lugar, al igual que en Bir Nzaran, Amgala y Tifariti, fue bombardeada la población civil saharauí. En este enlace se puede ver su ubicación geográfica. <http://www.un.org/Depts/Cartographic/map/dpko/minurso.pdf>

³ Frente Polisario es un movimiento de Liberación nacional, de carácter político y militar que se fundó el 10 de mayo de 1973 y diez días después, (el 20 de mayo), inició la lucha armada contra el colonialismo español. Cuando España abandonó el territorio, continuó la lucha contra Marruecos y Mauritania. Su objetivo principal es la independencia del Sáhara Occidental: <http://delsah.polisario.es/el-frente-polisario/>

⁴ La República Árabe Saharaui Democrática (RASD) fue miembro de la OUA (Organización de la Unidad Africana) desde el año 1982 y actualmente es miembro fundador de la Unión Africana (UA), fundada en 2001 en Addis Ababa, capital de Etiopía. http://www.au.int/en/member_states/countryprofiles

⁵ Lista países que han reconocido a la RASD y entre ellos está Cuba. http://www.umdraiga.com/documentos/RASD/RECONOCIMIENTOS_DE_LA_RASD.htm 08 mayo 2015

⁶ Discurso del presidente de Cuba, Raúl Castro en VII Cumbre de las Américas, celebrada en Panamá el día 10 y 11 de abril de 2015. Web. 11 abril 2015.

⁷ Mateo y Surrasky son dos profesores que han impulsado desde el Instituto de Relaciones Internacionales de la Universidad Nacional de la Plata (UNLP) Argentina, la Cátedra Libre de Estudios sobre el Sahara Occidental.

⁸ Fisahara es el único festival de su tipo en un campo de refugiados y su vocación es desaparecer cuando los saharauíes vuelvan a su tierra. Destacadas figuras del cine español y de otros países han asistido para conocer la realidad saharauí. 28.abr.2015. www.fisahara.es

⁹ *Bubisher* es un pájaro pequeño, mitad negro y mitad blanco. Según la leyenda saharauí, cuando lo ves te está anunciando buenas noticias. Le llaman el “pájaro de la buena suerte”. La asociación escritores por el Sahara tomó ese nombre para crear un proyecto y llevar bibliobuses y construir bibliotecas en los cinco campamentos de refugiados saharauíes. 14.may. 2015. www.bubisher.org

Bibliografía

- Abdelfatah, Mohamed Salem (Ebnu). "1978". *Generación de la amistad*. 24 Sept. 2008. n. p. Internet. 12 Abril 2015.
- Ahmed, Abdelmayid, et al. "Crónicas de saharauis en la Habana: la cooperación de Cuba con la RASD (Parte II)". Entrevista de Luz Marina Mateo. *Rasdargentina.wordpress.com*. 17 Junio 2013. 1-7. Internet. 12 Mayo 2015.
- Cirugeda, Campa, y Laurence Thieux. *Vacaciones En Paz: Análisis Y Evaluación Del Programa De Acogida De Niños Y Niñas Saharauis*. Madrid: Instituto de Estudios sobre Conflictos y Acción Humanitaria, 2008. Impreso.
- Martí Pérez, José. *Obras completas*. La Habana: Editorial Ciencias Sociales. 1962. 281. Impreso.
- Martín Beristain, Carlos, y Eloísa González Hidalgo. *El Oasis de la Memoria. Memoria histórica y violaciones de Derechos Humanos en el Sáhara Occidental*. Vol. 1. Bilbao: Euskal Fonda/ Hegoa UPV/EHU, 2001. Impreso.
- "Educación en la Isla de la Juventud". *Ecured*. s.f. Internet. 9 mayo 2015.
- Lamrani, Salim. *Almayadeen*. 3 Abril 2015. Internet. 30 Abril 2015.
- Lehdad Dadda, Bachir. Historia e inicio de "Vacaciones en paz". *Vacaciones en paz*. n. p, s.f. Internet. 2 Mayo 2015.
- Márquez, Antonio, dir. *Las cubaranis*. Perf. Lilita Concustell. Azul Media, 2005. Película.
- República Árabe Saharui Democrática. Ministerio de Información y Cultura, *RASD: pasado y presente*. Umdraiga.com. 1985. n. p. Internet. 10 Abril 2015.
- Soler, Narcís, Carles Serra, Joan Escolá, y Jordi Ungé. *Sàhara Occidental. Passat i present d'un poble. Sahara Occidental. Pasado y presente de un pueblo*. Girona: Servei de Publicacions de la Universitat de Girona, 1999. Impreso.